

de sus bienes á los legítimos poseedores, á trastornar la jurisprudencia secular, y á excitar al saqueo y al asesinato á una multitud ávida de presa. Él fué causa de la sublevación de la Bohemia y las provincias vecinas, y de aquellas escenas que por espacio de diez y seis años convirtieron á toda la Alemania en un campo de espantosa mortandad, de incendio, de pillaje y de horrores inauditos.

La cuestión que dió lugar á todo esto, dice Aug. Nicolás, parece á primera vista bien fútil, y la moderna filosofía no ha dejado de lanzar sobre el siglo que ella agitó y sobre la Iglesia que la sostuvo todos los soberbios menosprecios de la razón. Tratábase de saber si el pueblo comulgaría ó no, como el Clero, bajo las dos especies. Mas esta cuestión, por simple y fútil que parezca, era la mayor de las cuestiones que se hayan jamás promovido en el seno de las sociedades; era la cuestión de la barbarie ó de la civilización, la misma que nos llena de terror en el día; el socialismo, el comunismo.

Cuando las hordas bárbaras de los husitas se levantaron dando el grito de ¡LA COPA AL PUEBLO! exigían que toda distinción entre el Clero y los fieles quedase suprimida. Ellos inauguraron bajo la forma más sagrada, la salvaje divisa de IGUALDAD y de FRATERNIDAD que ha ensangrentado nuestros últimos tiempos. Ellos trasformaron el dogma de la caridad infinita de Dios, la COMUNION, en COMUNISMO... Fieles herederos de los gnósticos y precursores de los socialistas, al grito de ¡El cáliz al pueblo! añadían el de ¡la propiedad al pueblo! que era su natural consecuencia; y los socialistas modernos no han dejado de saludar en ellos con transporte sus hermanos y amigos, y de alargarles, al través de cuatro siglos, una mano conjurada contra la sociedad y sus santas leyes.

La Iglesia, con su buen sentido profundamente civilizador, y su inflexible firmeza, hizo frente á la tempestad, y abrigó otra vez aún bajo sus alas á la sociedad ingrata que debía un día maldecirla (1).

(1) Libro citado, cap. 6.º, al fin.

Después nos ocuparemos del protestantismo y de sus hijuelas el *jansenismo* y el *liberalismo*, las más péfidas de todas las herejías.

Entre tanto, por esta rápida reseña que acabamos de hacer de las principales herejías, y de los gloriosos triunfos de la Iglesia, podemos inferir que sucederá lo mismo con todas las que se levantarán en lo sucesivo. Todas caerán á sus piés, y la Iglesia permanecerá firme é inmutable. Sus victorias pasadas son una garantía segura de las que alcanzará en el porvenir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose hasta la consumación de los siglos. *El porta inferi non prevalebunt adversus eam.*

CAPITULO II

El mahometismo.

Apenas empezaba la Iglesia á reponerse de los sacudimientos que habían causado en ella las irrupciones de los bárbaros, que asolaron y se dividieron el imperio romano, y agitada todavía por las herejías en Oriente, se vió de nuevo empeñada en una lucha tenaz con el fanático y guerrero mahometismo, que apareció de repente llevándolo todo á sangre y fuego.

Se vieron entónces reproducirse las escenas de las persecuciones paganas, donde quiera que los sectarios de Mahoma pusieron su planta, y aún con mayor intensidad por efecto de su carácter feroz y violento. Donde dominaron los musulmanes, no quedaba otro recurso á los cristianos que la más dura opresión, ó la apostasía ó la muerte.

Nunca más que en la época de la aparición del mahometismo tuvo la Iglesia necesidad de emplear contra su fiero furor la decisión, la actividad, la firmeza y la fuerza práctica que constituyen la esencia del cristianismo. Y, sin embargo, entónces más que nunca, carecía de estas poderosas cualidades la Iglesia de Oriente, dividida en sectas

numerosas, y agobiada bajo la tiranía y el insensato dogmatismo de los emperadores griegos, que para colocar en las sillas episcopales á los que asentían ciegamente á sus opiniones, arrojaban de ellas á los Prelados de más ilustración y firmeza, y abrían así las puertas á los enemigos del nombre cristiano. A esto debemos atribuir que esta Iglesia no pudiese oponer, ni la autoridad moral, ni la fuerza material á las rápidas invasiones del mahometismo, lleno de todo el vigor de la juventud, orgulloso de sus conquistas y sostenido por innumerables y victoriosos ejércitos.

Pero si la Iglesia en Oriente no tuvo fuerza para resistir al ímpetu arrollador del islamismo, no sucedió lo mismo en otras regiones. La Iglesia organizó contra los musulmanes aquella lucha gigantesca y secular que al fin había de concluir por abatir su poder. Si desde el principio no pudo evitar sus estragos, fué porque el mahometismo traía una misión terrible que cumplir como instrumento de la justicia divina. Así como Dios había lanzado los bárbaros contra el Occidente para castigarle y regenerarle, del mismo modo llamó á los árabes para castigar al Oriente por sus herejías, por sus errores y por su corrupción.

Considerado bajo este aspecto el mahometismo, á nadie deben sorprender sus progresos, prescindiendo por ahora de otras razones que diremos despues. Como Atila, podía llamarse el islamismo (1) el *azote de Dios*. Pero concluida su obra y dado el castigo, desapareció el azote y se retiró el espíritu de la venganza y de la cólera. En aquellos espantosos sacudimientos sufrió mucho la Iglesia y tuvo pérdidas considerables; pero el mundo vió entónces, como más tarde que, léjos de caerse el antiguo edificio, resistió siempre firme en su base y sólido en todas sus partes, áun despues de haber perdido alas enteras al ímpetu asolador de la tormenta.

Admiremos aquí la bondad y sabiduría de la Providencia.

(1) Esta palabra designa la religion de Mahoma. Viene del árabe *islam*, que quiere decir *sumision á Dios*.

Al mismo tiempo que en sus inescrutables designios permitía que desapareciese la fe en muchas y florecientes provincias, la hacía brillar esplendorosa en pueblos enteros, que entraban apresurados en la Iglesia. Si esta tenía el dolor de ver desaparecer el nombre de Jesucristo en la Siria, la Armenia, el Egipto y las costas del Africa, cuyas Iglesias florecieron tanto en otros días, se hallaba magníficamente indemnizada por sus conquistas en los pueblos del Norte, acogía en su seno á los frisones, sajones, croatas, servios, polacos, húngaros y otros muchos pueblos germanos y eslavos (1).

Y aquí llama vivamente la atención un hecho, que ya hemos notado en otro lugar. En los pueblos que predominó el mahometismo, desapareció el Catolicismo, y juntamente con él las artes, las ciencias, la ilustración y la cultura, quedando en el orden político sujetos al más fiero despotismo. Es que el mahometismo era el retroceso, la barbarie con todas sus brutales consecuencias y la más odiosa tiranía. Por esto se comprende la importancia de la lucha que contra él emprendió la Iglesia y el valor inapreciable de su triunfo. Al defender la causa de la fe, defendía también la causa de la libertad y de la civilización, tan estrechamente enlazadas se encuentran las unas y las otras!

Vamos á exponer brevemente los errores y falsedad del mahometismo, sus progresos, sus peligros para la cristiandad, y lo que hizo la Iglesia para conjurarlos.

§ I.—Mahoma.—Su doctrina.

Mahoma nació en la Meca el año 570. Dotado de un ingenio claro y agudo, aunque no sabía escribir ni áun leer, se propuso obrar en su país una revolución religiosa y política, y despues de haber vivido largo tiempo en una caverna, se presentó anunciándose como enviado de Dios, y predicando: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta*.

(1) Véase Alzog, período 2.º, época 1.ª

En breve tuvo multitud de secuaces, especialmente entre los individuos de su familia, que le obedecían ciegamente; pero fueron tantas sus violencias, que se hizo odioso á sus conciudadanos y trataron de matarle (1), por lo cual se vió obligado á abandonar precipitadamente la Meca, el 16 de Julio de 6 del año 622, que es el principio de la *hégira*, por la cual cuentan los árabes sus años. Mahoma se retiró á Medina, en donde fué muy bien recibido, y en donde en poco tiempo tuvo á sus órdenes un ejército de fanáticos. A poco salió de allí como jefe de una nueva ley política y religiosa, que hizo representar á un pueblo, hasta entónces insignificante, uno de los papeles de más importancia en la historia universal del mundo. El año 630 se apoderó de la Meca, y esta conquista le hizo dueño de todas las tribus de la Arabia. Derribó los ídolos, é hizo de la Kaaba el templo principal de su culto.

Desde entónces el islamismo hizo rápidos progresos, y al fallecer Mahoma el año 632, le estaba ya sometida toda la Arabia. Antes de concluirse el primer siglo de la *hégira*, los califas musulmanes conquistaron la Siria, la Palestina, el Egipto, la Persia y las costas septentrionales de Africa, y más tarde se apoderaron de España, la cual, sin embargo, nunca llegaron á dominar del todo ni pacíficamente.

La doctrina religiosa de Mahoma revelada, segun él decía, por el Angel Gabriel, que es una mezcla extravagante de parsismo, judaismo y cristianismo desfigurados, se halla contenida en el *Korán* ó *Al-Korám* (libro por excelencia) (2). Hé aquí sus principales artículos:

Dios es Dios, y no hay otro Dios que Él, palabras repetidas en casi todos los capítulos del Korán. Dios no tiene hijo, porque no tiene mujer. Mahoma es el paráclito. Abraham,

(1) Cada tribu había nombrado uno de sus miembros, que juró dar una puñalada al profeta.

(2) El Korán se compone de 114 capítulos (*Suras*), cada uno de los cuales está dividido en versos (*Ajat*). Comprende dos partes, el *Iman* (doctrina de la fe), y el *Din* (doctrina moral).

Moisés y Cristo, enviados de Dios no han comunicado sino de una manera parcial la revelacion divina; pero á Mahoma estaba reservada su manifestacion completa. Alrededor del trono de Dios, están los Angeles, formados de fuego puro; hay tambien Angel de la guarda, y Angel de la muerte, y tambien Angeles caidos por su orgullo, enemigos de los hombres; pero sin poder alguno sobre los creyentes. Dios ha criado á los hombres y les ha dado un alma, que es parte de su propio ser divino; pero ha determinado de antemano y de una manera irrevocable el destino de cada uno, para el bien y para el mal. No habla casi nada de la redencion, de la justificacion, de la gracia, ni de su eficacia; pero se extiende largamente sobre el paraíso y el infierno, que presenta de una manera enteramente sensual.

La moral del Alcorán es aún peor que sus dogmas, pues se limita únicamente á prácticas exteriores, como las abluciones, la oracion cinco veces al dia, la limosna, el ayuno del Ramadan, y la peregrinacion á la Meca, á lo ménos una vez en la vida. Permite la poligamia, la venganza personal, la apostasia forzada, etc, y se limita á prohibir el vino y la carne de puerco. En cuanto á verdaderas virtudes, como la caridad, la piedad, la humildad, no impone ninguna obligacion. Por el contrario, decide que la idolatría es el único crimen que puede privar á un musulman de la felicidad eterna.

Una religion tan fácil y tan favorable á todas las pasiones, no es extraño que hiciera tan rápidos progresos. Esto es lo que debemos decir á los que no se avergüenzan de comparar la propagacion del mahometismo con la del cristianismo, para desvirtuar el argumento que fundamos en ella á favor de su divinidad. ¿Cómo podrá de buena fe, quien conozca la índole de nuestra religion, sus dogmas, sus preceptos contrarios á los vicios y á las pasiones, el carácter de los que lo predicaron, los medios de que se valieron, las persecuciones que sufrieron desde su principio y otras muchas circunstancias; quién, repito, podrá comparar de buena fe su propagacion con la del mahometismo, religion de los sentidos, y que además se imponía con la

fuerza de las armas? Sabido es que Mahoma mandó á sus sectarios propagar su religion con la cimitarra, degollando ó reduciendo á dura esclavitud á los que rehusasen abrazarla, prometiendo á los que muriesen en el combate un paraíso en donde gozarían todo género de placeres. Además, nadie ignora cuánto contribuyeron á facilitar sus victorias, los vicios del imperio griego, la decadencia en que se hallaba, y, sobre todo, el descontento de los nestorianos y monofisitas, que hacía tiempo deseaban emanciparse del dominio de los emperadores. En España les abrió las puertas la traicion del conde D. Julian. Así, pues, de una parte todo es natural, y de la otra todo es divino.

No hay necesidad de insistir en demostrar la falsedad del mahometismo; la simple exposicion de sus absurdas doctrinas y su corrompida moral son la mejor prueba de ello. En vano se buscará en Mahoma ningun carácter de mision divina, ni santidad de vida, ni doctrina pura, ni milagros. Cuando le pedían milagros en prueba de su mision, replicaba que Moisés y Jesucristo habían hecho muchos y no habían sido creídos, y que él no era enviado á hacer milagros, sino á predicar y á someter á los infieles por la fuerza.

El islamismo, dice Kerz, nos presenta un profeta sin milagros y sin pruebas de su mision; una religion sin dogmas, sin misterios, sin sacerdocio, y sin sacramentos; una moral que da rienda suelta á las pasiones, y un cielo que horroriza á toda alma casta y honrada.

Aunque los modernos incrédulos, dice Bergier, no tuvieran otra torpeza que echarse en cara que la de haber hecho la apología del mahometismo, sería esto bastante para que los cubriese de oprobio todo hombre sensato é instruido.

§ II.—Victoria de la Iglesia sobre el islamismo.

El islamismo, fanático y violento, fué desde su origen uno de los más graves peligros que habían amenazado hasta entónces á la Iglesia y á la civilizacion.

La suerte que estos feroces conquistadores reservaban á los cristianos de los países sometidos á su dominacion no podía ser más miserable. Siguiendo los consejos de su profeta, generalmente ponían á los fieles en la dura alternativa de apostatar ó morir, á no ser que por miras políticas se decidiesen á tolerarlos. Pero en este caso los oprimían de mil modos, abusando cuando querían de sus bienes y personas, y si les permitían el ejercicio de su religion, era porque adquirían este derecho pagando fuertes tributos. No puede dudar de esto el que conozca la historia de los *mozárabes* en nuestra España. Además, eran frecuentes las apostasias, ya por el temor á las persecuciones, ya por librarse de la servidumbre, ya porque el islamismo favorecía á las pasiones.

Los musulmanes no ocultaban sus propósitos de sujetar, si les fuese posible, á todas las naciones cristianas y destruir nuestra religion, y tenían guerra declarada á la Europa, como lo acreditaron mil veces en atrevidas expediciones. La historia nos refiere el gigantesco poder que adquirieron los mahometanos, sus numerosos y valientes ejércitos, y los recursos del vasto imperio que fundaron. Por eso los pueblos estaban llenos de alarma y temor, conociéndose impotentes para resistir el ímpetu arrollador de aquéllos. Por todas partes llevaban la devastacion, el incendio y el degüello, y con esto manifestaban la suerte que esperaba á las provincias que cayesen en lo sucesivo bajo su poder. Así es que al presentarse en alguna comarca, los pueblos huían, abandonándolo todo, llenos de terror.

En aquellas circunstancias la Iglesia fué la única que no desmayó, y reanimó el valor de las naciones de Europa. Ella organizó la resistencia contra las invasiones de los bárbaros, excitando á pelear contra ellos en nombre de la independencia de la patria y del sentimiento religioso. Ningunos otros motivos ofrecen mayor estímulo al valor.

Especialmente en nuestra España, hicieron una causa común la religion y la independencia nacional. Nuestros valientes antepasados defendían con el mismo interés sus hogares y sus Templos, es decir, la cuna de sus hijos, el

tálamo de sus esposas y los sepulcros de sus padres, y por espacio de ocho siglos sostuvieron una gigantesca lucha, hasta que lograron reconquistar su independencia y arrojar de la nación á los moros. Sus heroicos esfuerzos no solo consiguieron libertar á España, abatiendo la pujanza del musulman, sino que fueron un muro inquebrantable que le impidieron invadir otras naciones de Europa, obligándole á retroceder cada vez más. Todos nuestros historiadores están conformes en reconocer la eficacísima influencia que tuvo la Iglesia y el Clero de España en el éxito feliz de nuestras luchas con los moros, organizando nuestros ejércitos, acompañándolos en la pelea y proporcionándoles recursos. Lo que no podían hacer los reyes lo hacían las Ordenes religioso-militares.

En el Oriente se vió todavía más claramente la influencia de la Iglesia en sostener la lucha con los sarracenos. Cuando los emperadores de Constantinopla se vieron seriamente amenazados, á donde primero acudieron en demanda de auxilio fué á Roma, á los Papas. Para saber si éstos correspondieron dignamente al llamamiento, no tenemos más que pronunciar una sola palabra, *las cruzadas*, y su consecuencia las Ordenes religioso-militares. En otro lugar nos hemos ocupado de su importancia y resultados (1).

Aquí solo hacemos notar de paso cuán glorioso es para la Iglesia haber iniciado y sostenido estos gigantescos movimientos, y haber estado siempre á su cabeza. El génio de los Papas descubrió el peligro del islamismo y solo pensó en conjurarlo. Las cruzadas eran la lucha de Jesucristo contra Mahoma, de la Cruz contra la cimitarra, y, por consiguiente, de la civilizacion contra la barbárie. Sin el celo de los Papas, sin la incesante atencion con que seguían todos los movimientos de los sarracenos, sin la continua resistencia que opusieron á sus proyectos, aprovechando todas las ocasiones oportunas para debilitar su poder, ¿quién puede adivinar cuál sería hoy el estado de Europa?

Podemos inferirlo por lo que son los países en donde lo-

(1) En la tercera parte, cap. 3.º

graron establecer su dominacion. «La corrupcion de ambos sexos, el envilecimiento y servidumbre de las mujeres, la necesidad de encerrarlas y ponerlas bajo la custodia de eunucos, el acrecentamiento de la esclavitud, una ignorancia universal é incurable, el despotismo de los soberanos, el avasallamiento de los pueblos, la despoblacion de las comarcas más bellas del mundo, el ódio recíproco y la antipatía de las naciones, son los efectos que constantemente ha producido el *mahometismo* y continúa ocasionando en todas partes donde domina. Esta sola religion ha hecho perecer más hombres que todas las demás juntas.»

Uno de los escritores más hostiles al Catolicismo dice: Bajo el yugo de una religion que consagra la tiranía, fundando el trono sobre el altar, que parece imponer silencio á la ambicion, permitiendo el deleite, que favorece la pereza natural, vedando las operaciones del entendimiento, no hay esperanza para las grandes revoluciones, y la esclavitud queda establecida para siempre.

Montesquieu, despues de haber hecho las mismas observaciones, añade: «La religion mahometana, que solo habla de espadas, obra todavía sobre los hombres con ese espíritu de destruccion que ha fundado» (1).

Por último, Volney demuestra que el gobierno despótico de los turcos, y todas las plagas de la especie humana que arrastra en pos de sí, son un efecto natural é inevitable de la insensata doctrina del Alcoran (2).

Tal es la importancia del triunfo de la Iglesia sobre el islamismo.

CAPITULO III.

Los cismas.

De la misma manera que las herejías, nos suministran los cismas muchas pruebas de la verdad de la Iglesia católica romana.

(1) *Espíritu de las leyes*, libro XXIV, cap. 4.º

(2) *Viaje á Siria y Egipto*, tomo II, cap. 40.—Citados todos por Bergier, artículo *Mahometismo*.